

MILL Y LA FORMACIÓN DEL CIUDADANO

Por DAVID ORTEGA GUTIÉRREZ

SUMARIO

I. INTRODUCCIÓN: ALGUNAS CARACTERÍSTICAS DEL PENSAMIENTO DE MILL.—II. LA LIBERTAD, EL INDIVIDUO Y LA OPINIÓN MAYORITARIA.—III. LA EDUCACIÓN, EL INDIVIDUO Y LA MORAL.—IV. OTRAS CONSIDERACIONES SOBRE SU OBRA: IV.1. *Mill y la igualdad de la mujer*. IV.2. *Mill y la modernidad*. IV.3. *Influencias posteriores de su pensamiento*.—V. CONCLUSIONES FINALES.

I. INTRODUCCIÓN: ALGUNAS CARACTERÍSTICAS DEL PENSAMIENTO DE MILL

Siempre es difícil hacer un trabajo sobre un pensador clásico. Nunca se llega a tener la certeza de haber comprendido, en toda su amplitud, las ideas que el autor nos quiere transmitir; habitualmente, las precauciones son pocas a la hora de acercarse a su obra, estando con frecuencia presente la duda de si se ha cometido alguna ligereza o error en determinadas apreciaciones, «hablar no es nunca fácil. Hablar con sentido es todavía más difícil» (1).

Si además, el autor en cuestión es John Stuart Mill, las dificultades pueden aumentar, no sólo por ser un pensador que ha recibido una educación y una formación intelectual simplemente excepcional (2), sino porque la cualidad principal de su carácter y de su pensamiento es una acentuada honestidad intelectual que hace difícil-

(1) Ver VV.AA.: *¿Qué es la Ilustración?*, estudio preliminar de AGAPITO MAESTRE SÁNCHEZ, Tecnos, Madrid, 1989, pág. XI.

(2) Baste leer, para verificar este hecho, las primeras páginas de su autobiografía donde Mill nos señala cómo a sus tres años comenzó a aprender griego, que con ocho años ya había leído a Heródoto, Jenofonte, Platón, Sócrates, Diógenes Laercio y Luciano, además de iniciar sus estudios de latín y aritmética, y encargarse de la enseñanza de sus hermanos y hermanas.

La educación de Mill fue el resultado de la concienzuda labor de su padre, James Mill, y de las influencias que sobre éste tuvo Jeremy Bentham. Ambos buscaban formar al futuro líder del *radicalismo filosófico*. Ver JOHN STUART MILL: *Autobiografía*, Alianza, Madrid, 1986, pág. 34 y ss.

mente reducible su obra a cualquier tipo de clasificación o encuadramiento en un determinado género de pensamiento.

Así, Mill podía sentir admiración por personajes tan distintos como Bentham, Carlyle, Coleridge, Comte, Saint-Simon o su propio padre, James Mill pero, a la vez, no tenía ningún tipo de reparo, es más, lo consideraba como un deber suyo, el destacar y criticar aquellos errores que encontraba en sus distintas doctrinas, con el fin de mejorarlas y contribuir, de esta manera, a que poco a poco fuesen descubriéndose los diversos aspectos de la verdad, de la que Mill no tenía una concepción unitaria (3).

Como auténtico amante de la búsqueda de la verdad, Mill era un hombre radical, es decir, radical en el sentido de no escatimar ningún tipo de esfuerzo por defender, manifestar y contribuir en todo aquello que estimaba justo, incluso por encima de sus propios intereses personales (4).

Debido sobre todo a la estricta educación que recibió de su padre, Mill estaba acostumbrado a llegar siempre hasta el fondo de toda cuestión con la que se enfrentaba, a desmenuzar todos los temas hasta comprenderlos en su integridad; por ello, siempre lo encontramos dispuesto a aprender, a mejorar, a completar lo logrado o conseguido hasta el momento (5).

Poseía un marcado sentido de perfección que le animaba siempre a estar dispuesto o atento a cualquier progreso, a revisar cualquier error o equivocación en sus

(3) Ver JOHN STUART MILL: *Sobre la libertad*. Alianza, Madrid, 1988, pág. 101. Expone Mill que el 99 por 100 de los hombres llamados «educados»: «son extraños a toda esta parte de la verdad, la cual decide y determina el juicio de los espíritus bien informados; ésta es sólo conocida de aquellos que han oído igual e imparcialmente a las dos partes y tratado de ver sus razones a la luz más clara posible». Continúa más adelante (pág. 113): «la verdad, en los grandes intereses prácticos de la vida, es tanto una cuestión de conciliar y combinar contrarios, que muy pocos tienen inteligencia suficientemente capaz e imparcial para hacer un ajuste aproximadamente correcto».

En la misma línea, *infra*, nota núm. 17 punto 1 y punto 3, último párrafo citado.

(4) *Infra*, nota núm. 13 último párrafo.

(5) En este sentido de rehusar todo dogmatismo, de favorecer la constante revisión, no deja de resultar curioso que Proudhon, por aquella misma época, escribiera a Marx, en carta de 17 de mayo de 1846, en los siguientes términos: «por el amor de Dios, una vez que hemos aniquilado todos los sistemas dogmáticos, guardémonos de acabar nosotros mismos predicándole el doctrinarismo al pueblo. No demos nunca una cuestión por concluida y, cuando hayamos agotado nuestro último argumento, déjenos, si es necesario, volver a empezar desde el principio con agudeza e ironía». Ver EDUARD BERNSTEIN: *Socialismo Democrático*, Tecnos, Madrid, 1990, pág. 60. Es interesante observar la similitud de este texto con el párrafo primero que aparece en la obra de MILL: *Autobiografía*, *ob. cit.*, pág. 187.

Por otro lado, en su interpretación de la libertad referida a la sociedad, encontramos a veces en Mill, ciertos tintes que guardan alguna similitud con determinadas consecuencias del pensamiento anarquista, así podemos leer en su obra *Sobre la libertad*, el siguiente párrafo: «Pero el hombre, y más todavía la mujer, que puede ser acusado de hacer “lo que nadie hace”, o de no hacer “lo que todo el mundo”, es víctima de una calificación tan despectiva como si él o ella hubieran cometido algún grave delito moral. Es preciso poseer un título, o algún otro signo de rango que como tal se le considere, para que se les consienta, en parte el lujo de obrar a su gusto, sin perjudicar su reputación». Ver JOHN STUART MILL: *Sobre la libertad*, *ob. cit.*, pág. 141. No conviene olvidar que en la *Fabian Society* aunque Mill era la principal fuente de inspiración también había influjos de Proudhon.

doctrinas. De esta forma, y viendo su profundo espíritu abierto por principio, podemos comprender mejor que Mill defiende una serie de ideas y doctrinas que en otro pensador de distintas cualidades resultarían claramente incompatibles.

Se le puede considerar como un radical filosófico, a pesar de las profundas críticas que hace de esta doctrina y la separación, nunca total, que poco a poco se va produciendo a lo largo de su vida respecto de las ideas y concepciones de Bentham y de su padre. De igual manera, le podemos relacionar con los socialistas utópicos. A partir de 1829 y 1830 comienza a sentir un profundo entusiasmo por el pensamiento de los discípulos franceses de Saint-Simon con el deseo, por parte de éstos, de que Mill pasase a integrar sus filas. Sin embargo Mill, una vez más, llevado por su concepción tan amplia y profunda de lo que él estimaba como lo verdadero, tan inconformista hasta no dar con la visión completa de la verdad, manifestaría en una carta de 30 de mayo de 1832 dirigida a D'Eichthal (con quien se carteaba desde el 11 de marzo de 1829) que «yo no soy saintsimoniano, aun cuando admiro grandemente a los saintsimonianos, pues creo que en muchos respectos se encuentran a la cabeza de Europa, estoy firmemente convencido de que, no obstante, tienen mucho que aprender en economía política de los economistas ingleses, y de la filosofía de la historia, de la literatura y del arte de los alemanes. Cierto que en mi opinión, han superado a esta gente en algunas cosas, pero se quedan rezagados en otras» (6).

Ésta podría ser la constante intelectual de Mill, simple y sencilla, en principio, asumir lo bueno y lo que consideraba cierto y correcto de las doctrinas que conocía, rechazando y manifestando su crítica respecto de todo aquello que creía no se ajustaba a la verdad. Este criterio nuevamente lo verificamos en el espíritu con el que afrontó la elaboración de su obra sobre Comte, *Auguste Comte y el Positivismo* (7). Él mismo nos dice en su *Autobiografía*, «estos motivos no sólo hacían deseable que alguien acometiese la tarea de separar lo que había de bueno de lo que había de malo en las especulaciones de M. Comte, sino que me imponían a mí la especial obligación de emprender yo mismo esa faena» (8).

(6) John Stuart Mill comenzó a cartearse con D'Eichthal el 11 de marzo de 1829. D'Eichthal era uno de los seguidores franceses de Saint-Simon, tenía un profundo conocimiento de la sociedad industrial inglesa, su profesor de matemáticas era August Comte. Gracias a D'Eichthal, Mill conocerá la obra de Comte, por aquel tiempo, todavía no muy divulgada. Se cartean Mill y D'Eichthal durante varios años, incluso en julio de 1830 viaja a París esperanzado ante los sucesos que en esos meses se desarrollan en Francia, es presentado a Enfantin y Bazard, jefes de la orden Saintsimoniana, conocidos como los Padres Supremos. Sobre estas cuestiones ver JOHN STUART MILL: *Sobre la libertad. Capítulos sobre el socialismo y otros escritos*, Orbis, Barcelona, 1985, epígrafe dedicado a Stuart Mill y los Saintsimonianos.

(7) Publicada en 1865.

(8) *Ob. cit.*, pág. 260. Los motivos a los que alude Mill en el texto y que él acababa de citar eran, según sus propias palabras, que «había yo contribuido más que ninguna otra persona a hacer que sus especulaciones fuesen conocidas en Inglaterra [...]. Y protegidas por aquellas partes mejores de su doctrina, otras de peor carácter —muy elaboradas y añadidas a sus últimos escritos— también se habían abierto camino y habían conseguido la entusiasta aprobación de muchos seguidores activos». *Ibidem*, págs. 259-260.

A veces, este sentido tan estricto del principio de manifestar su opinión cuando la estimaba verdadera (principio que siempre o casi siempre ponía en práctica), le acarrea importantes problemas en la Inglaterra de su tiempo. El propio Mill nos transmite una experiencia a este respecto: «al denunciar, en esta ocasión, la manera inglesa de gobernar Irlanda, no hice otra cosa que lo que la opinión general de Inglaterra consideraba hoy justo; pero el sentimiento en contra del *Fenianismo* (9) estaba entonces en todo su apogeo. Cualquier ataque a lo que los *Fenianos* atacaban se consideraba como una apología en su favor. Y fui yo tan mal recibido por la Cámara, que más de uno de mis amigos me aconsejó (y mi propio sentido común me hizo estar de acuerdo con el consejo) esperar, antes de hablar otra vez, a que se presentara la oportunidad favorable de hacerlo» (10). Aunque otras veces, obtenía resultados increíblemente sorprendentes en este uso pleno de la libertad de expresión, así, nos relata que «en el folleto *Pensamientos sobre la Reforma Parlamentaria*, yo había dicho, con bastante brusquedad, que las clases obreras de Inglaterra [...] eran [...] generalmente mentirosas. Un adversario mío puso este pasaje en una pancarta, y me lo presentó durante un mitin que estaba compuesto fundamentalmente de obreros, preguntándome si yo había escrito y publicado aquello. Inmediatamente respondí: «Sí, yo lo hice». Apenas estas palabras habían salido de mis labios, cuando un rotundo aplauso resonó entre todos los presentes» (11). Pero al igual que criticaba los defectos de la clase obrera, luchaba por ella tanto a nivel de mejorar su formación intelectual (12) como a nivel pecuniario (13).

Mill indicaba que el problema era la falta de apertura en el pensamiento de las personas que no suelen comprender que uno, a pesar de ser partidario de alguna doctrina, pueda o incluso deba someterla a crítica constantemente para mejorarla y superar sus posibles fallos valiéndose de doctrinas diferentes (14). A este respecto obser-

(9) Movimiento irlandés de liberación nacional fundado originalmente en Nueva York a mediados del siglo XIX, cuyo objetivo principal era terminar con la dominación inglesa en Irlanda.

(10) Ver JOHN STUART MILL: *Autobiografía*, ob. cit., pág. 268.

(11) *Ibidem*, págs. 264-265.

(12) Por ejemplo, Mill a finales de 1859 publicó ediciones populares baratas de aquellos escritos suyos que le parecían más adecuados para ser leídos por las clases trabajadoras, rehusando obtener beneficio alguno de la venta de las ediciones baratas con el fin de conseguir que el precio de venta fuese aún más bajo. Ver *Autobiografía*, ob. cit., pág. 260.

(13) «habiendo rehusado yo incurrir en ningún gasto para procurar mi propia elección, y al ser ésta totalmente subvencionada por otros, me senti en la especial obligación de contribuir, a mi vez, ayudando a otros candidatos que andaban mal de fondos y cuya elección era deseable. Consecuentemente, envié donativos a casi todos los candidatos de la clase obrera, y entre otros, a Mr. Bradlaugh [...]. Sin embargo, al contribuir monetariamente a su elección, hice lo que hubiera sido sumamente imprudente si sólo estuviera pensando en los intereses relacionados con mi propia reelección. Como podía esperarse, esta actuación mía se utilizó al máximo —tanto de buena fe como con mala intención— para hacer que los electores de Westminster se volvieran contra mí». Ver JOHN STUART MILL: *Autobiografía*, ob. cit., pág. 289.

(14) La vida de Mill fue un claro ejemplo de esa incompreensión hacia un pensamiento en constante evolución. En sus críticas a la democracia, algunos querían ver en Mill a un enemigo de la democracia. Ver JOHN STUART MILL: *Autobiografía*, ob. cit., pág. 287.

vamos cómo Mill conseguía asimilar en su pensamiento radical filosófico —aprendido de su padre y de Bentham—, doctrinas tan incompatibles, en principio, como las nuevas contribuciones que a su formación aportaron las obras de Wordsworth, Coleridge, Goethe, Frederick Maurice, John Sterling o Carlyle; algunos de estos autores eran considerados, hasta entonces, como sus adversarios doctrinales (15).

Al igual que propugnaba la democracia, a pesar de ser consciente de sus debilidades, defendía el socialismo, sobre todo, a partir de su relación con los saintsimonianos y de la intimidación progresiva que iba naciendo desde 1830 con Harriet Taylor, su futura mujer. Pero como siempre, su sentido de la objetividad y su amor a la verdad le hacían criticar sin reservas los peligros del socialismo. Refiriéndose a él mismo y a su mujer expone: «nuestro ideal de definitivo progreso iba mucho más allá de la democracia y nos clasificaba decididamente bajo la denominación general de socialistas. Aunque repudiábamos con la máxima energía esa tiranía que ejerce la sociedad sobre los individuos en la mayor parte de los sistemas socialistas» (16).

A la luz de estos diferentes posicionamientos que acabamos de señalar sobre Mill y su pensamiento, se podrá ahora comprender mejor por qué apuntábamos al inicio de este trabajo que a un pensador como Mill, tratar de encajonarle en una doctrina concreta es simplemente ir en contra de la propia esencia de su pensamiento y de una de sus principales aportaciones, es decir, la defensa de la diversidad, de la heterogeneidad y de la pluralidad, rechazando toda visión unifocal de las cosas.

De esta manera, aunque con bastantes precauciones, en Mill encontramos tanto rasgos de liberalismo como de socialismo (17), de racionalismo como de empiris-

(15) *Ibidem*, pág. 157.

(16) *Ibidem*, pág. 221.

(17) Siguiendo el *iter* de su progresión intelectual, podemos apreciar con claridad cómo Mill evoluciona del liberalismo al socialismo, pero esto hay que asimilarlo con muchas precauciones:

1. Él mismo nos manifiesta que: «ni por un instante descuidé o menosprecié aquella parte de la verdad que con anterioridad había visto». Ver *Autobiografía, ob. cit.*, págs. 149 y 150.

2. Admita con entusiasmo las numerosas aportaciones que los Saintsimonianos hicieron a su pensamiento: «sus críticas a las doctrinas comunes del Liberalismo me parecieron estar preñadas de verdades importantes. Y gracias, en parte, a sus escritos, se me abrieron los ojos [...]. Sus fines se presentaban como algo deseable y racional, aunque los medios para alcanzarlos fuesen ineficaces». *Ibidem*, págs. 168 y 169. Como se observa, busca asumir lo que creía correcto del socialismo y manifestar su crítica respecto de aquello que apreciaba como ineficaz; así, en Mill la clave está en...

3. «El mantenimiento de un equilibrio entre las diferentes facultades me parecía ahora de primera importancia [...]. Por encima de las acaloradas disputas de la edad presente, generalmente fundadas en débiles convicciones, miré hacia adelante, hacia un futuro que viniese a unir las mejores cualidades [...] un sabio escepticismo que, [...] me ha puesto en guardia contra la tentación de sostener o proclamar esas conclusiones con un grado de confianza que la misma naturaleza de dichas especulaciones está lejos de permitir; y también ha mantenido mi espíritu dispuesto no sólo a admitir, sino a recibir con prontitud y a buscar denodadamente, incluso en aquellas cuestiones en las que he meditado más, la posibilidad de obtener percepciones más claras y una evidencia más completa [...]. Si se me pregunta qué sistema de filosofía política vino a sustituir al que, como filosofía, había abandonado, responderé que ningún sistema: sólo la convicción de que el sistema verdadero era algo mucho más complejo y polifacético de lo que yo había nunca imaginado». *Ibidem*, págs. 150, 168, 187 y 164, respectivamente.

mo (18), de idealismo como de realismo, de individualismo como, no diremos colectivismo porque sería falso, pero sí un profundo sentimiento de deber, para con la humanidad, que aparece en casi todas sus obras (19) y que viene a corregir cualquier mal entendido del individualismo sostenido por Stuart Mill. Él defiende «la moral utilitarista *que* reconoce al ser humano el poder de sacrificar su propio bien por el bien de los otros [...], la concepción utilitarista de una conducta justa, no es la propia felicidad del que obra, sino la de todos» (20). A Mill le repugna el egoísmo, «después del egoísmo, la principal causa de insatisfacción ante la vida es la falta de cultivo intelectual» (21), también desapruaba el individualismo entendido de forma egoísta, que lo califica como «miserable individualidad» (22).

Para una más completa comprensión del pensamiento y de la obra de Mill y, sobre todo, para poder entender el porqué de alguna de sus actuaciones, hay que tener presente su constante lucha por que las opiniones y convicciones individuales no pezequen ante el peso, o mejor, ante la opresión de la opinión de la mayoría, de la oposición popular. Esto nos conduce al estudio de una materia en la que Mill, junto con Tocqueville, fue un importante precursor.

Para una visión panorámica más completa sobre este tema, ver DALMACIO NEGRO PAVÓN: *Liberalismo y socialismo. La encrucijada intelectual de Stuart Mill*, Madrid, 1975.

(18) En este sentido, no debemos olvidar que, aunque Mill era un autor plenamente integrado en el siglo XIX, sentía una gran admiración por los pensadores que en el siglo XVIII habían posibilitado las doctrinas defendidas en la Revolución Francesa, aunque Mill, de ningún modo, era partidario de los métodos revolucionarios y de los cambios bruscos y repentinos en los que no creía. Respecto de la reacción del siglo XIX frente al siglo XVIII opinaba que sus contemporáneos «ignoraban esa parte de verdad que los pensadores del XVIII habían visto. Y aunque, en un periodo de mi evolución, desprecié por algún tiempo aquel gran siglo, nunca me uní a la reacción contra él, sino que me aferré a sus verdades con la misma firmeza con que me aferré a las del otro [...]. Me asombraba ante la rabia ciega con que ambos contendientes se atacaban mutuamente». Dentro de la faceta educativa, también trato de romper las absurdas incompatibilidades entre los dos siglos: «La postura que adopté, vindicando para los antiguos estudios clásicos tan alto valor educativo como el de los nuevos estudios científicos, estuvo apoyada en principios aún más vigorosos que los que son inculcados por los defensores del clasicismo. Insistí en que es sólo la estúpida ineficacia de los métodos pedagógicos al uso, lo que hace que ambos tipos de estudio sean considerados antagónicos, en vez de complementarios.» Ver JOHN STUART MILL: *Autobiografía, ob. cit.*, págs. 165 y 285.

(19) De forma bastante sincera expone en su *Autobiografía*: «el destino de la Humanidad en general estaba siempre en mis pensamientos y no podía separarse del mio propio». *Ibidem*, pág. 151.

Esta manera de pensar está estrechamente relacionada con su forma de concebir la moral utilitarista, *infra*, apartado III.

(20) Ver JOHN STUART MILL: *El utilitarismo*, Aguilar, Madrid, 1962, págs. 44 y 46. *El utilitarismo* pasa por ser la obra de Mill en la que mejor se muestra su doctrina filosófica. La letra en cursiva es mía.

(21) *Ibidem*, pág. 40.

(22) *Ibidem*, pág. 41.

II. LA LIBERTAD, EL INDIVIDUO Y LA OPINIÓN MAYORITARIA

Junto con Alexis de Tocqueville, encontramos en Mill a uno de los primeros autores que ya en la mitad del siglo XIX advirtió los problemas que comenzaban a manifestarse en las democracias liberales entre la libertad individual y la presión de las opiniones que nacían de las mayorías.

En este tema, su obra *Sobre la libertad* (23) es el texto básico a seguir. Entre otras cuestiones, expone en él su visión del individualismo (24), que anteriormente en Inglaterra había tenido como más ardiente defensor a William Maccall, entre cuyos distintos escritos que propugnan este pensamiento destaca *Elementos de Individualismo*; por aquella misma época, el americano Josiah Warren había formado una Comuna (25), en la que trataba de poner en práctica su sistema de la sociedad basado en un principio de soberanía del individuo.

Pero si tenemos que buscar una verdadera influencia que precedió a Mill en la escritura de este libro, hemos de remitirnos, sin ningún tipo de dudas, a la figura del filólogo y escritor alemán Wilhelm von Humboldt (26) y a su obra *Alcance y deberes del Gobierno* (27). Tampoco hay que descartar en esta materia la influencia de Goethe, quien tuvo una gran trascendencia sobre Mill (28), a la vez que fue junto con Schiller, uno de los amigos más íntimos de Wilhelm von Humboldt.

(23) De este libro el propio Mill señala que: «Ninguno de mis escritos ha sido tan cuidadosamente compuesto ni tan escrupulosamente corregido como éste. Después de escribirlo dos veces, como de costumbre, lo conservamos con nosotros, y de cuando en cuando lo sacábamos y volvíamos a repararlo *de novo*, leyendo, ponderando y criticando cada frase [...]. *La Libertad* fue un trabajo continuo, más directa y literalmente producido por los dos que ninguna otra cosa que lleva mi nombre [...]. Con la posible excepción de la *Lógica*, el ensayo *Sobre la Libertad* tendrá, probablemente, más valor de permanencia que ninguna de mis otras obras.» Ver *Autobiografía*, *ob. cit.*, págs. 231, 238 y 239. Obviamente es Harriet Taylor, su esposa, a quien Mill se refiere al utilizar la primera persona del plural en el texto citado.

(24) Tocqueville venía a definir el individualismo como ese «sentimiento reflexivo y apacible que induce a cada ciudadano a aislarse de la masa de sus semejantes y a mantenerse aparte con su familia y sus amigos; de suerte que después de formar una pequeña sociedad para su uso particular, abandona a sí misma a la grande». Ver ALEXIS DE TOCQUEVILLE: *De la démocratie en Amérique* (II), Garnier Flammarion, París, 1981, pág. 125; ctdo. por HELENA BEJAR: «La cultura del individualismo», en *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, núm. 46, 1989, pág. 51.

(25) La Comuna fundada por Mr. Warren en Long Island tenía por nombre «Tiempos Modernos» (*Modern Times*) y funcionó desde principios de los años cincuenta hasta 1860. Warren fundó tres colonias de este tipo y recogió su doctrina social en su obra «La verdadera Civilización» (*True Civilization*) que consiguió cinco ediciones.

(26) Manifestado por el propio Mill en su *Autobiografía*, *ob. cit.*, pág. 242. Como simple curiosidad, destacar del barón von Humboldt la especial predilección que sentía por la lengua vasca, lo que le llevó a realizar sobre ella dos estudios: *Berichtigungen und Zusätze zur Adelung Mithridates über die kantabrische oder baskische Sprache* (1821) y *Untersuchungen über die Urbewohner Hispaniens vermittelst der baskischen Sprache* (1821).

(27) La cita que abre el ensayo de Mill *Sobre la libertad* pertenece a esta obra.

(28) Principalmente en la época de su primera y más fuerte depresión, cuando las obras de Goethe se unían a la lectura de las *Memorias* de Marmontel (primera obra que le hizo romper a llorar sintiéndose,

No conviene olvidar, en cuanto al temor y al peligro del yugo de la mayoría, los posibles y más que probables influjos que en Mill nacieron de la lectura y progresiva reflexión de la *Democracia en América* de Alexis de Tocqueville (29), al que Mill consideraba «el Montesquieu de nuestro tiempo» (30).

Según indica Salvador Giner, ambos (Tocqueville y Stuart Mill) sospechaban que «las sociedades modernas evolucionaban hacia su transformación en agregados monótonos, homogéneos e indiferenciados [...]. Por primera vez en su larga evolución dentro del marco del pensamiento social occidental, la noción de la masa (y de los muchos) no guarda una relación con muchedumbres alborotadas y turbulentas, sino que está ligada más bien a una visión holística de la sociedad, que ahora se concibe como colectividad de individuos solitarios, atemorizados y aislados» (31). En relación con la teoría específica de la sociedad masa, Giner sostiene que ésta no apareció hasta después de 1926 (año en el que Ortega acuñó el término «hombre masa»). Y aunque considera a Tocqueville y a Mill como los creadores de una prototeoría de la sociedad masa, mantiene que hasta Mannheim y Ortega ningún pensador expuso la teoría en sus términos claros y concretos (32).

Es preciso indicar en este tema la influencia que Mill ejerció sobre Mannheim y Ortega (33); pero además, puede resultar muy revelador observar la posible ascendencia que las concepciones sobre la diversidad, heterogeneidad, pluralidad y polifacetismo de Mill tuvieron sobre el *perspectivismo* de Ortega (34).

Seguidamente, analizaremos algunas de las cuestiones más relevantes relacionadas con la materia que posiblemente más caracteriza y simboliza el pensamiento de Mill: la libertad.

Lo primero que debemos señalar es la finalidad principal que busca el autor al escribir *Sobre la libertad*; nos dice Mill: «el objeto de este ensayo es afirmar un sencillo principio destinado a regir absolutamente las relaciones de la sociedad con el

por vez primera, más aliviado en su depresión), los poemas misceláneos de Wordsworth y la poesía de Coleridge. Sin embargo, en la obra de Byron no encontró Mill ningún consuelo.

(29) Ver JOHN STUART MILL: *Autobiografía*, ob. cit., pág. 188 y ss.

(30) Ver JOHN STUART MILL: «The Works of Jeremy Bentham», en *The London and Westminster Review*, vol. 31 (agosto 1838), recogido por W. EBENSTEIN: *Political Thought in Perspective*, MacGraw-Hill Book Company, Inc., Nueva York-Toronto-Londres, 1957, pág. 427.

(31) Ver SALVADOR GINER: *Sociedad Masa: crítica del pensamiento conservador*, Península, Barcelona, 1979, pág. 85.

(32) *Ibidem*, pág. 124.

(33) *La rebelión de las masas* (1930) de ORTEGA es un claro ejemplo de esa influencia.

(34) En este sentido, es ilustrativo el siguiente párrafo de Mill: «El que deje al mundo, o cuando menos a su mundo elegir por él su plan de vida no necesita ninguna otra facultad más que la de la imitación propia de los monos. El que escoge por sí mismo su plan, emplea todas sus facultades. Debe emplear la observación para ver, el razonamiento y el juicio para prever, la actividad para reunir los materiales de la decisión, el discernimiento para decidir, y cuando ha decidido, la firmeza y el autodomínio (*self-control*) para sostener su deliberada decisión. Y cuanto más amplia sea la parte de su conducta, la cual determina según su propio juicio y sentimiento, más necesita y ejercita todas estas cualidades». Ver *Sobre la libertad*, ob. cit., pág. 129.

individuo en lo que tengan de compulsión o control [...]. Este principio consiste en afirmar que el único fin por el cual es justificable que la humanidad, individual o colectivamente, se entremeta en la libertad de acción de uno cualquiera de sus miembros, es la propia protección. Que la única finalidad por la cual el poder puede, con pleno derecho, ser ejercido sobre un miembro de una comunidad civilizada contra su voluntad, es evitar que perjudique a los demás» (35).

En principio, este objetivo no nos resulta original, ya la Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano del 26 de agosto de 1789 (36) en su artículo cuarto contemplaba de forma parecida la misma idea «la libertad consiste en poder hacer todo lo que no perjudique a otro» (37).

Sin embargo, hay que distinguir entre la libertad de la Revolución Francesa y la libertad de la que nos habla Mill. En la Revolución Francesa la libertad está estrechamente unida a la igualdad, se defiende la libertad frente al poder del Estado, es decir, del monarca absoluto, en definitiva, frente al Antiguo Régimen. Pero en la época de Mill los problemas son ya de otra índole, al menos en Inglaterra, que pasa por ser una de las naciones más libres del mundo. No en vano, Mill vivió en plena época victoriana, que fue un período de gran expansión del Estado Liberal. Pero, sin embargo, Mill observa cómo poco a poco la libertad deseada va desapareciendo o, cuanto menos, está amenazada (38), pero no por las instituciones políticas o por el poder estatal, sino por la propia sociedad naciente de mediados del siglo XIX.

De esta forma, no concibe *Sobre la libertad* como un ensayo dirigido a los gobernantes, al poder o a las instituciones políticas; la obra está orientada fundamentalmente hacia la nueva sociedad, al público en general, y el peligro que resalta es el peligro de la libertad del individuo frente a las mayorías, frente a la opinión mayoritaria, no frente al monarca absoluto del siglo XVIII sino frente a las masas que comienzan a surgir en el siglo XIX (39).

Percibe Mill las tensiones existentes entre la libertad y la igualdad, es ésta una de las principales y más originales aportaciones de su obra, que junto con Tocqueville, fue de los primeros pensadores (40) en advertir los peligros que subyacían en las democracias liberales decimonónicas, como ya señalamos al inicio de este apartado. Básicamente por este motivo es *Sobre la libertad* una obra de plena actualidad, pues

(35) Ver JOHN STUART MILL: *Sobre la libertad*, ob. cit., pág. 65.

(36) Declaración, que por iniciativa del general La Fayette, constituye el preámbulo de la Constitución Francesa de 1791.

(37) Ver *La Revolución Francesa en sus textos*, Tecnos, Madrid, 1989, pág. 6.

(38) No deja de resultar sintomático que Mill temiera el abuso de libertades que en otros pueblos de Europa ni siquiera se podía disfrutar de su uso.

(39) No hay que olvidar que Inglaterra fue el primer país donde se dio la Revolución Industrial y, por ende, el primero que vio nacer las grandes masas proletarias fruto de la industrialización.

(40) Aunque no conviene olvidar que autores como Guizot o Lermínier, ya apuntaron también estos problemas en 1828 y 1832 respectivamente, bien es verdad que no de una forma tan clara y contundente como Tocqueville o Mill.

Mill avistó unos problemas que hoy están plenamente desarrollados en nuestra sociedad actual (41).

Estrechamente relacionado con el tema de la libertad (42), objetivo central de su obra, Mill destaca la doble utilidad de la discusión (43), primero en el sentido de que mediante la constante discusión se pueden ir descubriendo las distintas perspectivas o enfoques de la verdad (44); segundo, que con la discusión se mantienen vivos los fundamentos, la razón de ser de los principios, de los argumentos así, concibe la discusión con un claro sentido revitalizador (45).

También encontramos en su ensayo la admiración que siente por todo aquello que sea original, innovador, distinto de la opinión de la mayoría (46). Desde muy joven, bajo las indicaciones de su padre y educador, leía y estudiaba a autores y personajes acostumbrados a enfrentarse a la multitud, a luchar contra la opinión de la mayoría (47). De ahí que para Mill los «hombres de esta clase, que [...] tenían valor de afirmar sus convicciones personales frente a la oposición popular, se necesitaban —me parecía a mí— en el Parlamento» (48).

A este respecto es lógica su admiración profunda por autores como Rousseau, pensador con el que Mill tiene varios puntos de conexión (49) como más adelante iremos señalando. En relación con la admiración por la originalidad, por el genio propio, hallamos en Rousseau párrafos que posiblemente hayan influido en Mill. Así, el ginebrino expone en su obra *Discurso sobre las ciencias y las artes* cómo hoy «reina en nuestras costumbres una vil y falaz uniformidad, y todos los espíritus parecen haber sido arrojados en un mismo molde; sin cesar la cortesía exige, la con-

(41) Una de las últimas teorías más elaboradas sobre la presión de las mayorías sobre el individuo, es la teoría de la *espiral del silencio* de la profesora alemana Noelle-Neumann. Ver ELIZABETH NOELLE-NEUMANN: *La Espiral del Silencio. Opinión pública. Nuestra piel social*, Paidós, Barcelona, 1995.

(42) En concreto, la libertad de expresión y de opinión.

(43) Hay que tener presente que la discusión necesita como presupuesto para su pleno uso, la existencia de la libertad de expresión y, sobre todo, de la tolerancia, concepto este último clave en toda la obra de Mill.

(44) Que como ya indicamos en el apartado anterior, para Mill no es unitaria, sino muy amplia, diversa, compleja y heterogénea.

(45) Ver JOHN STUART MILL: *Sobre la libertad*, ob. cit., pág. 103 y ss.

(46) A Mill le aterrorizaba todo lo que fuese vulgaridad, mediocridad. Ver *Sobre la libertad*, ob. cit., pág. 138.

(47) Nos dice en su *Autobiografía*: «A mi padre le gustaba poner en mis manos libros que trataban de hombres con energía, capaces de enfrentarse a circunstancias poco comunes, y de luchar y vencer ante las dificultades» (pág. 37). Parece ser que, en este aspecto, la educación de James Mill sí surtió efecto en cuanto a formar un hombre con tesón y criterio suficiente para mantener sus opiniones en contra de las que prevalecían en su tiempo.

En esto padrino y ahijado, Mill y Russell, son muy parecidos. Ver ALFRED JULIUS AYER: *Russell*, Grijalbo, Barcelona, 1973, pág. 11.

(48) Ver su *Autobiografía*, ob. cit., pág. 289.

(49) Posiblemente su fe en la educación como instrumento clave de transformación social sea uno de ellos. En última instancia, ése es el objetivo del *Emilio* de ROUSSEAU.

veniencia ordena; sin cesar se siguen los usos, nunca el genio propio. Nadie se atreve ya a parecer lo que no es; y en esta coacción perpetua, los hombres que forman ese rebaño llamado sociedad, puestos en las mismas circunstancias, harán todas las mismas cosas si motivos más poderosos no los apartan de ello» (50).

Desde luego, Mill temía la mediocridad progresiva que pudiera derivarse del avance de las masas, de su opinión ajena, en principio, a un conocimiento profundo e intelectual de las cosas. Por ello consideraba la educación de las masas como una cuestión vital, fundamental a la hora de pretender el avance del progreso social en el siglo XIX.

III. LA EDUCACIÓN, EL INDIVIDUO Y LA MORAL

De todos los grandes pensadores, probablemente sea John Stuart Mill el que haya recibido una educación más singular que, sin lugar a dudas, marcaron de forma patente su pensamiento, vida y obra. De hecho, en el primer párrafo de su *Autobiografía*, al exponer el motivo que le condujo a escribir y publicar ésta, nos dice: «he pensado que en una época en que la educación y su perfeccionamiento son tema de más estudio, si bien no más profundo, que en cualquier otro período de la historia de Inglaterra, puede ser útil el dejar constancia de un proceso educativo que fue poco común y notable, y que, cualesquiera sean las otras consecuencias a que dio lugar, es prueba de que en esos primeros años de vida que son prácticamente despreciados por los sistemas comunes de instrucción puede enseñarse, y enseñarse bien, mucho más de lo que generalmente se supone. También, me ha parecido que, en un tiempo de transición como el nuestro, en que tanto varían las opiniones, puede haber algún interés y beneficio en anotar las fases sucesivas de una mente que estuvo siempre predispuesta a desarrollarse, lista para aprender y rectificar partiendo de sus propias reflexiones y de las ajenas. Pero un motivo que tiene para mí mucho más peso que ningún otro es el de reconocer todo lo que mi desarrollo intelectual y moral debe a otras personas, algunas de ellas de reconocida eminencia, otras menos conocidas de lo que merecen» (51). Educación, inteligencia y moral son algunas de las cuestiones que aparecen palmariamente en esta primera página que nos relata la vida de uno de los defensores de la libertad por antonomasia.

Vamos a tratar de explicar de manera muy breve las relaciones que se dan, en el pensamiento de Mill, entre sus concepciones sobre la educación, el progreso, la moral, el individuo y la libertad (52).

(50) Ver JEAN-JACQUES ROUSSEAU: *Del Contrato Social, Sobre las ciencias y las artes, Sobre el origen y los fundamentos de la desigualdad entre los hombres*, Alianza, Madrid, 1988, pág. 151.

(51) Ver JOHN STUART MILL: *Autobiografía*, *ob. cit.*, págs. 31-32.

(52) Ver sobre estas conexiones PETER F. CARBONE: «John Stuart Mill on Freedom, Education, and Social Reform» en *The Journal of Educational Thought*, vol. 17, núm. 1, abril 1983, págs. 3-10.

A pesar de estar muy sensibilizado por la cuestión educacional, no dedicó ninguna obra en concreto al desarrollo de esta materia (53). En este punto difiere de otros ilustres pensadores como Locke, Rousseau, Kant, Nietzsche o Russell, siendo este último quien se mostró más prolijo y activo al publicar dos libros sobre educación, dedicar algún capítulo en bastantes de sus libros, escribir decenas de artículos e incluso fundar su propia escuela experimental.

Para hacerse una idea del pensamiento educacional de Mill hay que rastrear, como en cierta medida ya hemos visto, diferentes partes de su obra. Al final de su *On Liberty* dedica algunas páginas al tema de la educación, dándonos algunas claves para poder comprender su pensamiento sobre la educación y sus conexiones con la política. Para Mill, «constituyen, verdaderamente, la educación peculiar de un ciudadano, la parte práctica de la educación política de un pueblo libre, que les saca de los estrechos límites del egoísmo personal y de familia y les acostumbra a la comprensión de los intereses generales y al manejo de los negocios de todos, habituándoles a obrar por motivos públicos o semipúblicos, y a guiar su conducta hacia fines que les unan en vez de aislarles unos de otros. Sin estos hábitos y poderes no puede funcionar ni conservarse una Constitución libre» (54). En pocas líneas, nos vuelve a indicar el papel determinante que la educación tiene dentro del funcionamiento de la vida política. Para Mill, el ciudadano libre no es cualquier ciudadano, retoma el espíritu clásico del mundo griego, respecto al interés cívico por la *res publica*, aunque desde una perspectiva de libertad individual desconocida en la tierra helena. Remarca, al igual que Platón, Locke, Rousseau, Kant, Nietzsche o Russell, la trascendencia pública y política de los hábitos, que proporcionan el desarrollo efectivo, no quimérico, de cualquier teoría política; de ahí, una vez más se pone de manifiesto la importancia de la educación como pieza motor en el pensamiento político y en la traslación de éste a la realidad. Así, no se puede concebir en Mill las concepciones sobre la libertad y sobre la democracia sin atender al papel que la educación debe tener en el desarrollo efectivo de las mismas (55).

Respecto al papel del Estado en la educación, Mill comparte la independencia y la libertad experimental que ya defendía Kant (56) y que desarrollará de forma más extensa Russell (57), quien en materia de educación toma bastantes ideas del pensamiento de Mill. John Stuart no deja lugar a dudas cuando manifiesta que «me opon-

(53) Únicamente podríamos referirnos al discurso inaugural que como rector de la universidad de St. Andrews pronunció Mill en 1867, en el que expone a lo largo de 66 páginas las relaciones entre la educación liberal y la universidad. Ver JOHN STUART MILL: *Inaugural Address Delivered to the University of St. Andrews*, Longmans, London, 2.ª ed., 1867. Mas accesible se encuentra en F. A. CAVENAGH: *James and John Stuart Mill on education*. Harper, Nueva York, 1969, págs. 132-198.

(54) JOHN STUART MILL: *Sobre la libertad*, ob. cit., pág. 199.

(55) Ver F. W. GARFORTH: *Educative Democracy. John Stuart Mill on Education in Society*, Oxford University Press, 1980.

(56) Ver I. KANT: *Pedagogía*, Akal, Madrid, 1983, pág. 32.

(57) Entre 1927 y 1932 funda Russell en Inglaterra, con su segunda esposa, Dora Black, *Beacon Hill School*, una escuela experimental para niños y niñas.

dré tanto como el que más a que toda o una gran parte de la educación del pueblo se ponga en manos del Estado. Todo cuanto se ha dicho sobre la importancia de la individualidad del carácter y la diversidad de opiniones y conductas, implica una diversidad de educación de la misma indecible importancia. Una educación general del Estado es una mera invención para moldear al pueblo haciendo a todos exactamente iguales; y como el molde en el cual se les funde es el que satisface al poder dominante en el Gobierno [...], establece un despotismo de espíritu [...]. Una educación establecida y dirigida por el Estado sólo podría, en todo caso, existir, como uno de tantos experimentos, entre otros muchos» (58).

Como todo autor moderno, Mill creía firmemente en la idea de progreso. Para él, como para muchos otros pensadores de la época, el progreso deriva no de los cambios bruscos, revolucionarios si no de los avances lentos, profundos, «en la historia los efectos rápidos resultan generalmente superficiales. Las causas que profundizan hasta la raíz de acontecimientos futuros, producen las partes más serias de su efectos solamente despacio» (59).

Para Mill la educación será un factor determinante en el progreso de la sociedad (60) y en el desarrollo del individuo, concibiendo la educación tanto desde el punto de vista intelectual como desde el punto de vista moral (61). Esta forma concreta de entender la educación tiene claras influencias de diversos autores por él admirados. Conviene pues recordar, por un lado, el gran interés que la obra de Platón despertaba tanto en Mill como en su padre, por otro, ya hemos indicado las influencias que Wilhelm von Humboldt ejerció sobre Mill; no es de extrañar que en esta

(58) Ver JOHN STUART MILL: *Sobre la libertad, ob. cit.*, pág. 194.

(59) Ver JOHN STUART MILL: *Sobre la libertad, Capítulos sobre el socialismo y otros escritos*. Orbis, Barcelona, 1985, pág. 211. De manera más clara, en esta misma obra, señala que «el principio que anima a demasiados socialistas revolucionarios es el odio; un aborrecimiento muy excusable de los males existentes, que se desahogaría poniendo fin al sistema presente a toda costa, incluso de aquellos que sufren a causa suya, con la esperanza de que del caos surja un cosmos mejor, y con la impaciencia de la desesperación respecto a algún avance más gradual. Desconocen que el caos es la posición más auténticamente desfavorable para ponerse en marcha hacia la construcción del cosmos». *Ibidem*, pág. 273.

(60) Así, en una carta de 7 de noviembre de 1829 escribía a D'Eichthal advirtiéndole sobre la importancia de la educación para el progreso de la sociedad. Mill afirmaba que «la difusión del saber entre las clases trabajadoras y el progreso consecuente de sus inteligencias, constituye el gran instrumento de la regeneración de la Humanidad». Ver *Sobre la libertad. Capítulos sobre el socialismo y otros escritos, ob. cit.*, epígrafe dedicado a Stuart Mill y los Saintsimonianos. En la página 214 de esta obra aparece también otra carta con fecha de 22 de enero de 1850 dirigida a E. Herford en la que Mill vuelve a destacar su fe en la educación como el único vehículo posible de progreso: «en lo único que pongo esperanzas de un bien permanente es [...] en grandes mejoras en la educación».

También Mill observa que «el afecto por los individuos y un interés sincero en el bien público, son posibles para todo ser humano rectamente educado». Ver *Utilitarismo, ob. cit.*, pág. 41. Dos páginas antes señalaba que «la miserable educación actual y las miserables circunstancias sociales son el único obstáculo a su logro (de la felicidad) por parte de casi todos». El paréntesis es mío.

(61) En este sentido, P. Schwartz indica que «Mill pensaba que la nueva sociedad no podría llegar hasta que se hubiera producido una verdadera revolución moral». Ver P. SCHWARTZ: *La «nueva economía política» de J.S. Mill*, Madrid, 1968, pág. 305.

cuestión tanto Humboldt como el suizo Pestalozzi tuvieron bastante ascendencia en la manera que tenía Mill de concebir la educación (62).

Pero además, creemos que hay otro foco de influencia con bastante peso en la forma que Mill tiene de relacionar la educación, la moral, el individuo y la libertad. Nos referimos en concreto a las concepciones humanistas del Renacimiento (63) en las que el individuo se concibe, por primera vez, como el actor de su propia vida. Con el Renacimiento se superan las ideas escolásticas y el teocentrismo que caracterizaba a éstas, ahora, el hombre es un ser libre pero esto no quiere decir que de su libertad se deduzca o se excluya su responsabilidad moral, «todo lo contrario, el individuo no puede abandonar o renunciar al compromiso moral de su perfeccionamiento. La voluntad humana puede y debe afrontar las dificultades de la perfección y no abandonarse a las fuerzas del mal o la fortuna. Ésta es una cuestión clave» (64). Se destaca pues la unión de la educación con la idea de libertad y con el ensalzamiento de la nobleza del hombre que podemos descubrir en autores emblemáticos del renacimiento humanista italiano como son Giovanni Pico de la Mirandola (65), Marsilio Ficino (66) o Giannozzo Manetti (67).

En esta misma línea, mención especial merece Leon Battista Alberti (68) que veía que el progreso de los pueblos y la felicidad de los hombres dependían de la virtud responsable y humana que se encuentra al alcance de cualquier hombre que desee tenerla; el hombre es libre, pero su responsabilidad moral y su felicidad se conciben en el camino de la virtud (69).

(62) Wilhelm von Humboldt desde su puesto de director de la Sección de Cultura e Instrucción Pública del Ministerio del Interior alemán en 1809, defendió y propugnó el sistema educativo de Pestalozzi que, por aquel entonces, se estaba difundiendo por toda Europa. Johann Pestalozzi (1746-1827) fue un teórico suizo que vino a revolucionar el campo de la enseñanza, buscó mejorar por medio de la educación la calamitosa situación de las masas en su país (idea que Mill comparte y asume plenamente). Acabó con la ruda y cruel disciplina, creando lo que se ha dado en llamar las «escuelas felices». Estableció centros con este sistema en Stanz (1798), Burgdorf (1799) y para preparar a maestros que enseñaran su sistema, creó un centro en Yverdon (1815). Pestalozzi en toda esta cuestión tuvo marcadas influencias del *Emilio* de Rousseau quien, por lo demás, como por todos es sabido, consideraba a la *República* de Platón como la obra más grande jamás escrita en materia de educación.

(63) Que sin duda también tuvieron trascendencia sobre Rousseau y Humboldt. No en vano, a este último se le considera como uno de los principales baluartes del progreso de la enseñanza humanista en la Alemania de principios del siglo XIX.

(64) Ver MANUEL CALVO GARCÍA: *La teoría de las pasiones y el dominio del hombre*, Universidad de Zaragoza, Zaragoza, 1989, pág. 53.

(65) Ver su obra: *De la dignidad del hombre*. L. Martínez Gómez, Madrid, EN., 1980.

(66) Ver su obra: *Theologia platónica. De immortalitate animorum*, París, 1559.

(67) Ver sobre este autor y sobre Ficino, Iannotti Manetti: *De dignitate et excellentia hominis*. Antenora, Padova, Elizabeth R. Leonard, 1975.

(68) Ver LEON BATTISTA ALBERTI: *Opere volgari*, vol. 1: *I libri della famiglia*, Laterza, Bari, Cecil Crayson, 1960. Tampoco debemos olvidar dentro del renacimiento humanista, y sobre todo en materia de educación, la obra del español JUAN LUIS VIVES, destacando sus dos libros: *Tratado del alma y De la concordia y de la discordia*.

(69) Ver MANUEL CALVO GARCÍA: *ob. cit.*, pág. 53 y ss.

En la mayoría de estos pensadores podemos apreciar las influencias de las ideas morales de la tradición estoica, ideas que vendrían a desempeñar un decisivo papel en la fundamentación de la nueva moral renacentista (70).

Para comprender en profundidad la forma que tenía Mill de entender la educación, el progreso y la libertad del individuo es básico aprehender el papel que en todo su pensamiento juega su concepción de la moral utilitarista. En su obra *Utilitarismo* explica su interpretación sobre la moral utilitarista dándole un enfoque bastante diferente al que mantenían Bentham o su padre (71). Para Mill «en la norma áurea de Jesús de Nazaret, leemos todo el espíritu de la ética utilitarista: «Haz como querías que hicieran contigo y ama a tu prójimo como a ti mismo». En esto consiste el ideal de perfección de la moral utilitarista [...] establecer en la mente de cada individuo una asociación indisoluble entre su propia felicidad y el bien de todos» (72). En esta manera de concebir la moral podemos detectar en Mill fuertes influencias de Goethe y de Carlyle, entre otros autores (73).

En general, la ética de Mill fue importante para la nueva manera de entender la moral utilitarista, ya que ésta «abandonó el egoísmo, supuso que el bienestar social concierne a todos los hombres de buena voluntad y consideró la libertad, la integridad, el respeto a la persona y la distinción personal como bienes intrínsecos aparte de su contribución a la felicidad. Convicciones morales de este tipo fundan toda la concepción de una sociedad liberal de Mill» (74).

Dentro de esta cuestión que estamos estudiando sobre las interrelaciones existentes que Mill apunta entre el progreso de la sociedad, la educación, la libertad y la

(70) Cuando nos referimos a la tradición estoica, estamos haciendo referencia no a la originaria escuela estoica (*Stoa*) fundada por Zenón de Cición poco antes del año 300 a.C. y cuyo máximo representante sería Crisipo, sino a esa tradición estoica que proviene de las modificaciones que a finales del siglo II a.C. introdujo Panecio de Rodas; su labor consistió en «reexponer el estoicismo en una forma aceptable y de posible asimilación para los romanos pertenecientes a la clase aristocrática [...]. Panecio convirtió el estoicismo en una especie de filosofía del humanitarismo». Ver GEORGE SABINE: *Historia de la Teoría Política*, Fondo de Cultura Económica, México, 1989, pág. 121.

Jacques Denis refiriéndose a la nueva *stoa* señala que «la unidad de la especie humana, la igualdad [...], la justicia [...], la benevolencia, el amor, la pureza en la vida familiar, la tolerancia y la caridad [...] son las ideas fundamentales que llenan los libros de toda *stoa* nueva». Ver JACQUES DENIS: *Histoire des théories et des idées morales dans l'antiquité* (1856), vol. II, pág. 191 y ss.; ctdo. por GEORGE SABINE: *ob. cit.*, pág. 122.

(71) El utilitarismo de Bentham y James Mill consistía básicamente en la búsqueda de la mayor cantidad de felicidad para el mayor número posible de personas, pero este utilitarismo era egoísta, se centraba en el hedonismo, tenía claras influencias epicúreas. A este respecto es famosa la declaración de Bentham al señalar que «el juego de alfileres es tan bueno como la poesía» si produce el mismo placer, también es bastante conocida la contestación de Mill a esta idea: «mejor ser un Sócrates insatisfecho que un tonto satisfecho».

(72) Ver JOHN STUART MILL: *Utilitarismo*, *ob. cit.*, pág. 46.

(73) Ver la obra de CARLYLE: *Sartor Resartus*. Libro II, Cap. IX «El eterno sí» en el que llega a la radical conclusión de que «es sólo aceptando la renuncia cuando, hablando con propiedad, puede decirse que empieza la vida».

(74) Ver GEORGE SABINE: *ob. cit.*, pág. 514.

moral, no podemos obviar ciertos análisis sociológicos efectuados por el pensador inglés. Siguiendo a Comte, advertía que los fenómenos sociales no podían estudiarse por separado, puesto que resultaba claro que cada fenómeno social correspondía a la condición total de la sociedad. Mill, con sus obras *Principios de economía política y Lógica*, abrazó la idea de Comte del *consensus* de los actos sociales (75). Así, señala que no tiene sentido estudiar o analizar el progreso de la sociedad, sin tener presente la necesidad inherente de la educación moral e intelectual de la misma. Además, y bastante relacionado con este tema de los progresos sociales y los análisis conjuntos o interrelacionados de los distintas variables estructurales de la sociedad (educación, progreso, libertad, moral), considera a las generaciones como las auténticas unidades del análisis histórico; para él, «los períodos que marcan con mayor distinción los cambios sucesivos son los intervalos de un generación, durante la cual un nuevo equipo de seres humanos han sido educados, se han desarrollado desde la infancia y han tomado posesión de la sociedad» (76).

Apunta pues Mill dos coordenadas relevantes a la hora de efectuar el análisis sobre los fenómenos y progresos sociales. La primera afecta a la forma global de concebir el análisis social; parte de las interrelaciones que se producen entre las manifestaciones o distintos fenómenos sociales (no podemos estudiar por un lado la educación, por otro la moral, por otro al individuo y por otro la libertad). La segunda coordenada está referida al sujeto activo del análisis social, es decir, la generación como unidad principal del análisis histórico.

Una vez que hemos analizado aquellos temas que se suelen considerar como los más conocidos dentro del pensamiento de John Stuart Mill (la libertad, el utilitarismo, la educación, el individuo), estudiaremos a continuación algunos aspectos de su obra que, aunque quizás no resulten tan conocidos, no dejan por ello de ser bastante interesantes.

IV. OTRAS CONSIDERACIONES SOBRE SU OBRA

En este apartado trataremos de examinar distintas partes de la obra de Mill que se relacionan con: la defensa de los derechos de la mujer —que ya se llevaba a cabo en la segunda mitad del siglo XIX—, los peligros que Mill percibía sobre determinados logros de la modernidad y, por último, la influencia que Mill y su obra ejercieron sobre autores y corrientes de pensamiento posteriores a él.

(75) Ver I. W. MUELLER: *John Stuart Mill and French Thought*, Ed. Urbana, 1956, pág. 105.

(76) Ver JOHN STUART MILL: *System of Logic*, Londres, 1967, L. VI, pág. 596. Julián Marias apunta que «Mill es uno de los primeros que siguiendo a Comte, se refiere a las generaciones como las unidades del análisis histórico». Ver JULIÁN MARIAS: *El método histórico de las generaciones*, cap. II, Madrid, 1967, pág. 35 y ss.

IV.1. Mill y la igualdad de la mujer

Se puede considerar a Mill, junto con Comte, Owen, Fourier y los saintsimonianos, como uno de los autores clásicos que más ha contribuido en la defensa de la igualdad de derechos de la mujer. En esta cuestión, desde luego, hay que destacar la enorme influencia que Harriet Taylor tuvo sobre él, pero no en el sentido que en principio puede suponerse ya que como el propio Mill señala «los adelantos de mi crecimiento espiritual que a ella debo no son, ni mucho menos, los que una persona no familiarizada con el asunto pudiera sospechar. Podría suponerse, por ejemplo, que mis fuertes convicciones acerca de la completa igualdad legal, política, social y doméstica que debería existir entre hombres y mujeres, fue algo que adopté o aprendí de ella. Está esto muy lejos de ser la verdad [...]. Pero la percepción de las enormes consecuencias prácticas que llevaba consigo esa desigualdad padecida por el sexo femenino, y que quedaron expresadas en el libro *La sujeción de las mujeres*, la adquirí principalmente mediante sus enseñanzas» (77).

En la Inglaterra de mediados del siglo XIX, Mill tuvo un protagonismo de peso en el inicio de los movimientos feministas. Apoyó y contribuyó de forma destacada a la creación de la primera sociedad que buscaba extender el sufragio a la participación femenina, la *Sociedad Nacional para el Sufragio Femenino*, que había sido creada por su hija (hijastra) Helen Taylor. El nacimiento de esta Sociedad provocó el surgimiento posterior de otras asociaciones con los mismos objetivos en Manchester, Edimburgo, Birmingham, Bristol, Glasgow y otros lugares. Este movimiento se inició en 1866, cuando Mill presentó una enmienda a la Ley de la Reforma proponiendo eliminar las palabras que daban a entender que sólo lo varones tenían derecho a ser electores. Para Mill fue éste «el único servicio público de real importancia que presté como miembro del Parlamento» (78).

IV.2. Mill y la modernidad

Es evidente que John Stuart Mill fue un pensador identificado con las corrientes de su tiempo y, por lo tanto, se le puede reputar como un autor plenamente moderno. Sin embargo, realizando una atenta lectura sobre determinados párrafos o ideas de su obra, apreciamos ciertos temores o avisos respecto del pensamiento moderno que llaman la atención al verlos surgir en pleno siglo XIX.

Así, por ejemplo, vemos cómo Charles Dupont-White, que tradujo al francés la obra de Mill *Sobre la libertad*, señala en el prefacio que «el autor de *Sobre la libertad* tiene un vivo sentimiento del individualismo, del que yo participo por completo, pero sin inquietarme como él sobre el porvenir de este elemento inalterable». Esto

(77) Ver JOHN STUART MILL: *Autobiografía*, ob. cit., pág. 234.

(78) *Ibidem*, pág. 281.

es lo que destaca de Mill, que en plena modernidad intuyó los peligros que otros no percibían.

Mill manifestaba su inquietud por algo que en aquella época se tenía por inalterable por la mayoría de los pensadores, ya que éstos se encontraban totalmente imbuidos en su idea, muy victoriana por lo demás, de fe ciega en el progreso. Estos autores no advertían que «la tendencia de todos los cambios que tienen lugar en el mundo es a fortalecer la sociedad y disminuir el poder del individuo, esta intromisión no es uno de los males que tiendan a desaparecer espontáneamente, sino que, por el contrario, se hará más y más formidable cada día» (79). Pero incluso algunos años antes, en 1850, ya se podía apreciar en una carta de Mill dirigida a E. Herford su desconfianza frente al supuesto progreso que se estaba viviendo en su época. Escribe Mill: «En el presente espero muy poco de cualquier plan destinado a mejorar incluso el estado económico de la gente solamente por medios políticos y económico. Hemos llegado, creo, al período en el cual el progreso, aun el político, está deteniéndose, por razón del bajo estado moral e intelectual de todas las clases, y de los ricos tanto como de los pobres. En lo único que pongo esperanzas de un bien permanente es [...] en grandes mejoras en la educación» (80). El párrafo es bastante revelador del escepticismo crítico que caracterizaba a Mill, acompañado a su vez de esa fe que tenía en la educación como instrumento primordial, por no decir único, de progreso social. Varias veces hemos apuntado ya en Mill esa proyección por encima del momento presente hacia el futuro, ese intento de ver un poco más allá, «por encima de las acaloradas disputas de la edad presente, generalmente fundadas en débiles convicciones, miré hacia adelante, hacia un futuro» (81).

IV.3. *Influencias posteriores de su pensamiento*

A John Stuart Mill se le estima, junto con otros pensadores, como uno de los baluartes en la creación y desarrollo de la democracia liberal (82). De forma aún más clara fue Mill punto principal de inspiración para la *Fabian Society* que nació en Inglaterra en 1884 y que contó, como miembros más significativos, con G. Bernard Shaw, Sidney Webb, Beatrice Potter y Annie Besant. Esta sociedad tuvo una marcada trascendencia para el nacimiento del futuro partido Laborista inglés. Tampoco se deben olvidar las posibles influencias que la obra de Mill pudiera tener sobre el nacimiento de la corriente del pensamiento socialdemócrata.

(79) Ver JOHN STUART MILL: *Sobre la libertad*, ob. cit., pág. 70 y ss.

(80) Ver JOHN STUART MILL: *Sobre la libertad. Capítulos sobre el socialismo...*, ob. cit., pág. 214.

(81) *Ibidem*, pág. 168.

(82) Ver GIOVANNI SARTORI: *Teoría de la democracia*, vol. I, Alianza, Madrid, 1988, pág. 174. Sartori señala a Mill junto con Madison, Jefferson y Tocqueville como los autores fundadores de la democracia liberal.

Por otro lado son Mill, Herbert Spencer y Thomas Hill Green los padres del liberalismo moderno que vino a superar a la filosofía del radicalismo liberal de Bentham y James Mill.

No sólo fue el padrino de Bertrand Russell por deseo expreso de los padres de éste, sino que influyó de forma importante en el pensamiento de éste. Muchas de las actitudes e ideas de Mill las encontramos posteriormente en su ahijado. Ambos son democratas liberales con una tendencia social acentuada, defienden al individuo frente a la opresión del Estado o de la mayoría, fueron filósofos comprometidos con su tiempo y reverenciados (más Mill que Russell), incluso tuvieron en su juventud parecidas tentativas suicidas. Personalmente creo que pocos pensadores han sabido combinar de manera tan brillante la inteligencia, la generosidad y el valor como John Stuart Mill y Bertrand Russell.

Para concluir este punto nos resta por indicar las influencias ya apuntadas (83) que Mill tuvo sobre pensadores como Ortega y Mannheim.

V. CONCLUSIONES FINALES

Muchos son los puntos relevantes que habría que traer a colación a la hora de realizar un resumen sobre el pensamiento de John Stuart Mill, su obra y su vida. Pienso que en Mill destaca como una cualidad elogiabile su profunda honestidad intelectual, es decir, esa predisposición constante para aprender, para mejorar y completar su pensamiento. Esto lo atestigua la constante evolución que éste experimento desde su juventud hasta su madurez. Creo que a esto le ayudo su honda asunción de lo que es la tolerancia y el respeto hacia los demás.

Pero considero que si hay algún punto del pensamiento de Mill que hoy nos puede resultar más útil, más necesario, ése es, sin duda, la continua trascendencia que daba a la educación intelectual y, sobre todo, moral para el progreso del individuo y por ende de la sociedad. En otras palabras, el verdadero progreso social pasa, según Mill, por la formación profunda del ciudadano en los términos que hemos expuesto en este trabajo.

Mill no dudaba que para mejorar el conjunto hay que mejorar las partes o, lo que es lo mismo, no se puede esperar del conjunto lo que no hagan sus partes. Esta idea no es original de Mill, es mucho más antigua, podemos encontrarla en Platón, en los humanistas del Renacimiento, en Rousseau, en Montesquieu, en Kant; Mill viene a ser uno más de los teóricos clásicos del pensamiento político que llama la atención sobre un hecho evidente, no se progresa si no se respeta a los demás, no se progresa si el progreso lo basamos en pilares o columnas que contribuyen a desarrollar la progresiva deformación del individuo como tal. Si fomentas egoísmo, competencia, interés y engaño es simplemente estúpido esperar luego educación, respeto, ayuda y

(83) *Supra*, apartado II.

honestidad. Hoy lo único que nos queda por hacer es, por lo menos, ser responsables y consecuentes con lo que fomentamos, en lo que colaboramos y con lo que participamos.

Por último, y para finalizar este trabajo sobre la vida y obra de John Stuart Mill, concluiremos con aquellas palabras que pronunció momentos antes de fallecer y que nos pueden ayudar a comprender mejor el carácter y el talante de un personaje diferente, como fue Mill: «Bien sabéis que he hecho mi labor» (84).

(84) Ver CARLOS MELLIZO, prólogo a JOHN STUART MILL: *Autobiografía*, *ob. cit.*, pág. 19.